

## La estrategia y la táctica en el siglo XVIII



*Carga de la infantería prusiana en Hohenfriedberg*

*Juan Miguel Teijeiro de la Rosa*  
Academia de las Ciencias y las Artes Militares  
Sección de Historia Militar

2 de noviembre de 2020

El siglo XVIII trajo otra forma de concebir la guerra, ya intuida desde las últimas décadas del siglo anterior. La estrategia eminentemente defensiva, la escasa movilidad de los ejércitos, la preponderancia de la maniobra sobre el combate, la convencionalidad en ésta y en las tácticas tanto terrestres como navales, la complejidad y lentitud en el desarrollo de éstas últimas, todos estos factores fueron comunes a los ejércitos y armadas europeas de la época.

La estrategia general estaba dirigida desde los gabinetes, y dependía de las negociaciones diplomáticas que se desarrollaban entre los países. Decidida la confrontación armada, el general en jefe del ejército diseñaba la estrategia específica a desarrollar, y en la que durante todo el siglo los aspectos defensivos primaron sobre los ofensivos. La marina, singularmente, no fue tanto un arma ofensiva que apoyara afanes de conquista, como un elemento para defensa de las colonias y del comercio ultramarino, entablando en el peor de los casos duelos singulares que con frecuencia terminaban indecisos. Como mucho, llegaba a hacer razias sobre los puertos y costas enemigas, y, si acaso, ocupaciones temporales que rara vez se convertían en definitivas. En este sentido, los gobiernos calibraron el valor de su marina para las guerras económicas que ya empezaban a emerger entre las distintas potencias. La importancia que para Inglaterra tenía su comercio

marítimo determinó su natural protección a la marina de guerra. Ese también fue el interés del marqués de la Ensenada de cara al fomento de la española.

El equilibrio de poder era la obsesión estratégica de los diferentes estados, y sólo cuando la diplomacia y las alianzas matrimoniales fallaban se recurría a la guerra. La célebre frase de Clausewitz de que la guerra es una prolongación de la política por otros medios es significativa al respecto. La consecuencia es que con ella sólo se trataba de restablecer un equilibrio circunstancialmente roto, y no de deshacerlo definitivamente. De ahí que fueran lo menos destructivas posible. «Las guerras fueron largas, pero no intensas», dice un autor.

Las guerras fueron también convencionales, pero no estáticas. Las tácticas primaban, por el contrario, la evolución en el campo de batalla. De todas maneras, la idea que subyacía en los conflictos era que el enemigo llegara a abandonar el campo ante la superioridad del contrario, y si esto podía lograrse sin llegar al combate, tanto mejor. Este principio tenía especial relevancia en el mar, donde el interés en preservar los navíos, dado su alto coste, y siempre que ello no implicará deshonor, era algo muy tenido en cuenta por los comandantes de las armadas. En el siglo de la razón la habilidad y la prudencia eran consideradas virtudes esenciales.

La mejora de la movilidad táctica no influyó, sin embargo, en la estrategia, que se veía condicionada por los malos caminos que dificultaban la incorporación al ejército de los necesarios servicios logísticos y de aprovisionamiento, la escasa productividad agrícola, que dificultaba que grandes ejércitos pudiesen subsistir sobre el terreno, la necesidad de que las columnas hicieran periódicamente una pausa en su avance a fin de elaborar pan para la tropa y buscar forraje para las caballerías, la lentitud de avance de una artillería aún demasiado pesada, etc. Todo ello obligaba a suspender las operaciones durante los meses de invierno, en los que las condiciones climáticas y, sobre todo, las lluvias limitaban excesivamente aquéllas. Eran la primavera y verano cuando se trataba de aprovechar la abundancia de hierba y las cosechas recién recogidas. En todo caso, los ejércitos procuraban no separarse excesivamente de las fronteras de su país, que era donde tenían los almacenes logísticos.

Otro problema que condicionaba la estrategia era el derivado de la propia estructura de los ejércitos. La concentración de fuerzas de infantería, caballería, artillería, etc. no había conseguido aún una combinación de armas que permitiese el combate por separado de unidades o divisiones del mismo ejército. Era éste, por lo general, un todo difícilmente desgajable sin pérdida de su capacidad de combate. Por otro lado, la agregación a las tradicionales fuerzas de infantería y caballería de otras

especializadas, como ya eran la artillería, los ingenieros, los granaderos y demás unidades peculiares, había hecho de la estrategia una complicada «ciencia militar».

Todo ello llevó a que en buena parte de las ocasiones las guerras fueran de sitio. Dado que las rutas de invasión venían definidas por la geografía y el estado de las comunicaciones, era a lo largo de las mismas donde estaban enclavadas las ciudades fortificadas, protegidas además por un contingente adecuado de tropas; eran también almacenes de víveres, armas y pertrechos que, si servían para abastecer al propio ejército, eran codiciados también por el enemigo. La prolongada defensa de las ciudades servía para desgastar a éste. Su conquista o rendición proporcionaba, en cambio, además de laureles, una importante inyección logística.

La infantería se convirtió en el elemento fundamental de los ejércitos en perjuicio de la caballería, que fue perdiendo importancia a lo largo del siglo. La artillería comenzó a ser reconocida como arma singular tanto en el asedio de las fortalezas como en su defensa, pero, sobre todo, por su utilidad en el campo de batalla como artillería de campaña. En un siglo en el que el asedio a las fortalezas era preferido al combate en campo abierto, salvo que se dispusiese de una superioridad militar evidente, las unidades de ingenieros cobraron gran importancia. Ello llevó a que, en las confrontaciones entre dos ejércitos equilibrados, muchos generales se resistiesen a arriesgar sus tropas en batallas inciertas, en las que el resultado dependía, sobre todo, del mayor o menor ingenio de los mandos o de la suerte. De ahí que prefiriesen recurrir a la prudencia con un tipo de guerra defensiva. Por lo que se refiere a la marina, frente a los enormes navíos de tres puentes del siglo XVII, una mayor economía en su construcción y mantenimiento exigió navíos menos voluminosos y más rápidos, aunque no por ello menos potentes, apareciendo así los llamados navíos de línea y desapareciendo definitivamente los mercantes armados.

Los principios tácticos del siglo XVIII se concibieron como si de un baile de salón se tratase. Se trataba de imponerse al contrario por medio de una serie de movimientos y combinaciones. Un despliegue y unos movimientos de tropas de tal índole exigían una instrucción militar precisa y sistematizada, y, consecuentemente, una disciplina extremada. El soldado se convirtió en un autómatas, solo pendiente de las voces y toques del mando. Las tácticas de campaña reclamaban unas largas y bien espaciadas líneas de infantería, y presuponían un inmediato cumplimiento de las órdenes; tenían una regularidad y simetría barrocas. Federico I de Prusia, el "rey sargento", enseñó a sus infantes a cargar una y otra vez sus fusiles con tal rapidez que lograran mantener una superioridad de fuego, y avanzar luego en perfecta formación hasta un punto en que pudieran desarrollar la definitiva carga a la bayoneta. Por su parte, Federico el Grande desarrolló esa táctica ampliándola con otras de flanqueo. Todo ello, admirado en todo el continente, llevó a que las

técnicas prusianas se pusieran de moda e imitadas por todos los ejércitos de la época. Si a ello añadimos la espectacularidad de unas unidades elegantemente vestidas, dando escolta a banderas multicolores, y acompasadas por sonos marciales en su preciso y pausado caminar sobre el campo de batalla, obtendremos una visión bastante plástica de lo que fue el arte de la guerra durante la mayor parte de aquel siglo.

Las tácticas resultaron homogéneas y extrapolables a todos los países. Una y otra vez se ensayaban complejos movimientos para conseguir una rápida carga del fusil, y que una línea del batallón hiciese fuego mientras la posterior tuviera ya cargadas sus armas, presta para sustituir a la primera. Igualmente, desde unas amplias líneas de tres o cuatro en fondo se ensayaban complicados repliegues a fin de poner en cuadro el batallón para defenderlo de la caballería enemiga.

Los combates en campo abierto requerían una larga preparación. Llegados al lugar donde debía librarse la batalla, formaba el ejército, ocupando la infantería el centro y la caballería los flancos, situándose la artillería delante o en retaguardia. Se procuraba presentar un frente lo más amplio posible para intentar envolver al enemigo, pero procurando al mismo tiempo que la distancia entre las unidades no fuese tan amplia que éstas pudiesen verse aisladas y quedar a merced de aquél. La infantería formaba en varias líneas o hileras paralelas, separadas entre sí por unos pasos para poderse apoyar unas a otras, y reducir al mismo tiempo el riesgo del fuego de la artillería enemiga. Normalmente eran tres sucesivas y una cuarta de reserva para ir cubriendo las bajas que se producían en las anteriores. Los oficiales ocupaban sus puestos, siendo el principal el del flanco derecho de la primera línea.

En esta situación, y tras un duelo artillero de ambos bandos, comenzaban a avanzar los soldados con un lento y pausado caminar a tambor batiente, cuyo sonido iba indicando la progresiva velocidad del ataque; así hasta unos 100 metros de la primera línea enemiga, distancia desde la que el alcance de sus armas podía ser ya efectivo. Sólo entonces se abría fuego por parte de la infantería, algo que requería una disciplina férrea. Lo ordinario era que el soldado llegase a disparar a lo sumo ocho veces en toda la batalla, por lo que la instrucción iba dirigida a que su velocidad de disparo alcanzase a ser al menos de tres por minuto. Dada la poca precisión de sus fusiles de ánima lisa, se atendía más a la velocidad de disparo que a la puntería. Para mantener la cadencia de fuego los ejércitos franceses y españoles disparaban por filas, arrodillándose los soldados de las de delante para permitir disparar a las filas de atrás. Los ingleses y holandeses, por el contrario, dividían el batallón en cuatro grupos que se alternaban disparando todas sus filas a la vez.

Ambos ejércitos tenían que tomar buen cuidado de no verse envueltos. Cuando uno de ellos daba muestra de vacilación rompiendo la perfecta formación, el otro iniciaba la carga a la bayoneta, intentando que el enemigo abandonase el campo. Si lo conseguía, podía considerarse que la batalla había llegado a su fin, pues la persecución no entraba en los usos del arte de la guerra. En definitiva, la táctica se resumía «en mantener el orden de las unidades en el campo de batalla, en una acertada utilización del fuego, y en tratar de buscar la decisión en una carga de caballería afortunada».

La caballería, organizada en escuadrones de unos 150 jinetes, cargaba al trote en tres o cuatro filas, disparando sus armas de fuego antes de recurrir al arma blanca. Buscaba los flancos del ejército contrario con vistas a desorganizar sus filas, o bien cargaba contra una infantería ya en desorden.

Con estas tácticas, y dadas las condiciones de equilibrio militar que solían presentar los ejércitos en lucha, sólo la mayor brillantez de ideas de un general a la hora de mover sus tropas permitía conseguir un triunfo.

Como hemos indicado, las batallas navales procuraban evitarse siempre que fuera posible sin desdoro, dadas las costosas consecuencias de las mismas. Cuando se producían, las flotas enemigas se ordenaban en líneas paralelas, presentando sus costados, desde donde se producía todo su fuego artillero. La trayectoria del navío formaba un ángulo de 90° con la línea de tiro concentrada en los costados, lo que hacía que las zonas más vulnerables del mismo fuesen la proa y la popa. Era frecuente que no todos los barcos se empeñasen en la lucha, y que muchos de ellos la siguiesen desde lejos sin correr riesgos. Así pues, los combates se limitaban a ser duelos artilleros de resultados indecisos y sin ninguna trascendencia fundamental. La táctica inglesa prescribía el disparo sobre el casco de buque contrario, tratando de hacerle vías de agua y hundirlo. Por el contrario, la empleada por españoles y franceses desistía de intentar un hundimiento que sabían difícil, y procuraban desarbolar el navío contrario y hacerle todas las bajas posibles sobre el personal que combatía en el puente y la cubierta. El abordaje había quedado ya olvidado.

Todo lo anterior iba a ir cambiando progresivamente al finalizar el siglo XVIII y arribar el XIX con una nueva filosofía del arte de la guerra y nueva logística.